



## Aviso Legal

### Artículo de divulgación

Título de la obra: Globalización y filosofía en Latinoamérica

Autor: Velázquez Delgado, Jorge

Forma sugerida de citar: Velázquez, J. (1998). *Globalización y filosofía en Latinoamérica*. Cuadernos Americanos, 2(68), 133-138.

Publicado en la revista: *Cuadernos Americanos*

Datos de la revista:

ISSN: 0185-156X

Nueva Época, Año XII, Núm. 68, (marzo-abril de 1998).

Los derechos patrimoniales del artículo pertenecen a la Universidad Nacional Autónoma de México. Excepto donde se indique lo contrario, este artículo en su versión digital está bajo una licencia Creative Commons Atribución-No comercial-Sin derivados 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0 Internacional). <https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>



D.R. © 2021 Universidad Nacional Autónoma de México.  
Ciudad Universitaria, Alcaldía Coyoacán, C. P. 04510, México, Ciudad de México.

Centro de Investigación sobre América Latina y el Caribe  
Piso 8 Torre II de Humanidades, Ciudad Universitaria, C.P. 04510,  
Ciudad de México. <https://cialc.unam.mx/>  
Correo electrónico: betan@unam.mx

Con la licencia:



Usted es libre de:

- ✓ Compartir: copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato.

Bajo los siguientes términos:

- ✓ Atribución: usted debe dar crédito de manera adecuada, brindar un enlace a la licencia, e indicar si se han realizado cambios. Puede hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que usted o su uso tienen el apoyo de la licenciante.
- ✓ No comercial: usted no puede hacer uso del material con propósitos comerciales.
- ✓ Sin derivados: si remezcla, transforma o crea a partir del material, no podrá distribuir el material modificado.

Esto es un resumen fácilmente legible del texto legal de la licencia completa disponible en:

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>

En los casos que sea usada la presente obra, deben respetarse los términos especificados en esta licencia.

## Globalización y filosofía en Latinoamérica\*

Por Jorge VELÁZQUEZ DELGADO

*Departamento de Filosofía,*

*Universidad Autónoma Metropolitana-Iztapalapa*

NO ES POSIBLE evitar formarnos la imagen sobre la actual situación de la filosofía como si ésta fuera el producto natural de un gran *mall* en el cual se encuentran desde las más finas y delicadas antigüedades y esotéricos productos hasta las más ruidosas novedades. Si la filosofía de hoy es esto, es decir, un supermercado en el que coexisten al parecer ya sin tanto recelo las grandes tradiciones con las novedades del momento, resulta entonces que su tanto sospechosa como dudosa muerte no puede dejar de ser un llamativo producto localizable en el cada vez más estrecho y menos visitado escaparate de las autodenominadas filosofías posmodernas.

Estoy convencido de que Mario Magallón al iniciar su exposición por este lado,<sup>1</sup> por el de un necesario distanciamiento con las filosofías de la posmodernidad, no lo hizo con el fin de indicarnos que para llegar a comprender el misterio profundo que encierra lo que sería esta, digamos, enésima muerte de la filosofía, fue necesario haber realizado primero el mismo recorrido por todo ese inabordable supermercado. Es decir, no pienso que Magallón crea que la única forma que tenemos hoy del historicismo sea esta versión *light* de la filosofía, en la que se nos invita a pensar su historia como el camino hacia su irremediable muerte. Ahora bien, la ventaja de todo este supuesto supermercado es que tiene varias puertas a través de las cuales —en esa inevitable imagen posmoderna que se nos ofrece del mismo— encontramos un juego de entradas y salidas en las que, o bien nos invitan a cambiar de *stand* o de nivel, o simplemente a que huyamos hacia otro supermercado, abandonando así éste, de la filosofía.

Lo que quiero es entender por qué Magallón inicia su reflexión de este modo, esto es, hablando de la supuesta muerte de la filosofía,

\* Texto leído el martes 10 de junio de 1997 durante el Tercer Coloquio de Investigación de Estudios Latinoamericanos. México, CCYDEL, UNAM

<sup>1</sup>Véase su artículo "Filosofía, modernidad y desarrollo en América Latina", en este mismo número de *Cuadernos Americanos*, pp. 100-132

ya que para él uno de los retos mayores que ha tenido la reflexión filosófica en Latinoamérica —en especial hoy bajo el contexto neoliberal que nos domina y oprime— es enfrentar a la posmodernidad como un horizonte reflexivo y problemático en el que los valores, como los medios y fines del desarrollo, es poco lo que le dicen. Lo que resulta curioso es que a la posmodernidad uno puede entrar por cualquier puerta. Y, de igual forma, uno puede salir de ella en el momento que ve que es mucho más atractivo el escaparate o el gran almacén de enfrente.

Pero lo que al parecer ha sido más que imposible hacer es relacionar la posmodernidad con las preocupaciones y actitudes más relevantes de cierta tradición filosófica latinoamericana. En particular con toda aquella reflexión que se ha caracterizado por su vivo compromiso con los grandes problemas socioeconómicos y políticos que afectan a la realidad latinoamericana. De este modo entendemos que la posición frente a la posmodernidad, desde la perspectiva de esta filosofía latinoamericana, sólo puede ser crítica ante ciertos desplantes posmodernos, como quiere ser también autocrítica con respecto a la forma específica en como se ha desarrollado la aventura de la modernidad en estas tierras.

De acuerdo con Magallón, dos deben ser los puntos centrales de la crítica latinoamericanista a la posmodernidad: en primer lugar se debe criticar la pretendida función desontologizadora con la cual ésta recorre el mundo, y, en segundo término, la supuesta crítica que hace la propia posmodernidad a la noción de totalidad. Particularmente pienso que sobre esto último Magallón nos puede decir muchísimo más. Razón por la cual esperamos que en el futuro su trabajo se oriente en este sentido, pues no tengo la menor duda de que hoy más que nunca una noción que nos ha sido tan fundamental, como lo es la de totalidad, merezca ser abandonada por los tanto inconfesables como cuestionables caprichos de la moda.

Uno de los efectos de mayor dimensión que trajo consigo la posmodernidad es el haber pretendido definir sin mucha claridad una nueva idea sobre el sentido de la continuidad del tiempo histórico. Al hacer esto parece que su interés era algo más diferente al simple capricho de lanzarse al vacío arrastrándonos con ella. Es tal vez por esto que hoy ya no sabemos a ciencia cierta en qué tiempo nos encontramos, o si se quiere que, al igual que la filosofía, se cree que la historia ha llegado también a su fin. Desde una perspectiva moderna la posmodernidad sería algo así como el cuarto

elemento, esto es, la situación como condición lógica de una nueva visión de la historia. De una nueva visión que ya no quiere depender de una concepción tripartita de la memoria histórica. Una concepción así nunca tuvo mayores complicaciones, pues se aceptaba (y se acepta aún) que en Occidente —el gran centro difusor del que parte dicha concepción de la historia— existió una Edad Antigua, una Edad Media y una Edad Moderna. El problema es que ahora este cuarto elemento no implica el surgimiento de una nueva “Edad” de la historia, sino algo mucho más grave: el fin de dicha continuidad. Por otro lado, implica también que todo lo que hasta hace poco fueron los términos en que se desenvolvía nuestra memoria histórica deba ser adecuado a una nueva lógica de la estructura del tiempo en la que los momentos extraordinarios del mismo pierden toda sustancialidad y trascendencia como lo que fueron: momentos clave de los grandes procesos de configuración de la identidad moderna.

De este modo Magallón acepta que la tarea de nuestro tiempo es justamente ésta: la de redefinir los términos de nuestra propia memoria a partir de ese “hipotético” como cuestionable cuarto elemento, esto es, desde la posmodernidad, como lo que supuestamente ésta quiere ser: el principal pretexto para la reinención de las coordenadas espacio-temporales que hasta hoy prevalecían al interior de la conciencia moderna. Con esto Magallón reconoce que en el *stand* de la posmodernidad no todo es chatarra o productos marca “patito”, pues encuentra que en ese visitado establecimiento hay también cosas de gran valor que bien vale la pena tomar con toda seriedad, como es lo que ha hecho desde siempre la admirable vocación filosófica latinoamericana. Lo que al parecer lleva a dudar a Magallón frente a este reconocimiento es el modo en que, desde la filosofía, debe ser abordada la cuestión latinoamericana, pues la aceptación de ese cuarto elemento implica definir si la dialéctica tiene o no un papel central bajo este nuevo escenario histórico latinoamericano.

Como sabemos, cuando la cuestión de la modernidad llegó para quedarse convirtiéndose en el principal basamento de prácticamente toda reflexión de las últimas décadas, la dialéctica no solamente entró en crisis, sino que el simple hecho de nombrar al en otros tiempos tan prestigiado como relevante término, o bien se tomaba como un acto irreverente o simplemente como manifestación de jurásica anacronía. La cosa fue de tales proporciones que, desde mi punto de vista y siguiendo aquí cierto trasfondo que se

encuentra en el texto de Magallón, los dialécticos, a la par de envejecer en forma centellante y fulminante, así como de adoptar la diáspora como único medio de salvación de un mundo que se les venía (y se nos vino) encima, se percataron que para el caso latinoamericano se desmantelaba también lo que era quizás uno de sus más sólidos y firmes fundamentos. Sobre todo para lo que quería ser la fuente de la legitimación filosófica e histórico-social del desarrollo latinoamericano. El problema es ahora cómo determinar una realidad que fue pensada en términos dialécticos. Lo que desapareció no fue dicha realidad sino el modo de pensarla y determinarla, de esto último estoy seguro que lo que se propone Mario Magallón es re-definir los términos de cómo debe ser pensada esta realidad. La cuestión es que hoy más que nunca urge re-definir también los términos en los que debe ser definida y determinada a su vez la dialéctica en su correspondencia con la realidad latinoamericana.

La investigación de Mario Magallón gira en torno a redefinir a la modernidad en clave latinoamericanista. De este modo el punto crucial de toda la investigación que desarrolla es cuestionar el papel que tiene hoy la idea de progreso al calor de la acelerada dinámica que impone al mundo esa desenfundada como inevitable globalización económica. Así, el primer distanciamiento crítico que se establece de frente a dicha globalización parte de la afirmación de que ésta no es ni representa en modo alguno al “espíritu de la época”. Sin embargo, es una realidad que de forma inevitable se impone de nueva cuenta a Latinoamérica; de igual modo que en otros tiempos en estas tierras se impuso la Colonia y el imperialismo. Es sobre la base de esta dinámica que Magallón, recurriendo y apoyándose en Habermas, plantea que la posmodernidad participa, a su modo y con sus medios, de las tendencias neoconservadoras y antimodernas que son ya típicas de este fin de siglo. Particularmente el punto de encuentro de ciertas corrientes posmodernas con el neoconservadurismo parte de esa modelación idílica que hace de un sujeto hiperindividualizado un ser que mejor responde a los requerimientos del mercado en cuanto que, mediante la infantilización que al parecer define a dicho sujeto, tiende a suprimirse toda eventual crítica a la sociedad en los términos y forma en que ésta se desenvuelve bajo el signo de una globalización económico-política que todo lo devora a su paso.

Pero la verdadera cuestión de todo esto es la siguiente: si para Latinoamérica la globalización es el mayor desafío, cuál debe

ser entonces —dadas las proporciones y dimensiones que adquiere hoy y adquirirá mañana esa globalización— la función de la filosofía. Seguramente para Magallón, como para muchos de nosotros, la solución al problema no es contentarnos con admirar o asumir como propio el espectáculo de la desolación o de la incertidumbre, como mucho menos lo es dejarnos arrastrar por esa cómoda orfandad por la que hoy pasan las en otros tiempos exitosas filosofías, como tampoco debe ser la de incorporarse incondicionalmente a esa borrachera imparable que hoy ciega y tiene tan enloquecidos a los neoliberales. Quizás lo valioso del trabajo de Magallón es que no tiene respuestas a estos problemas. Cosa que no debemos lamentar, pues quien tenga hoy respuestas para la solución de todos estos problemas, que lance la primera piedra. Lo que en todo caso sí es posible encontrar en esta investigación son sugerencias que al compartirlas invitan a ser profundizadas. De este modo lo que él sugiere como primera condición para el desarrollo futuro de la filosofía latinoamericana es que no dejemos de ser nosotros ante la fuerza de tan violento como vertiginoso embate globalizador. Si bien entiendo esto, lo que nos propone Magallón es que, en lo fundamental, por ninguna razón se debe abandonar la reflexión sobre el problema de la identidad del ser latinoamericano. La segunda es que, ante esa globalización, la cuestión del desarrollo con soberanía no tiene tampoco por qué ser abandonada. Lo que aquí se propone es reflexionar sobre el papel que cumplen nuestras sociedades frente a esa mundialización económica o gran *shopping* que se viene configurando a partir de la relación inviolable e inalterable que debe existir entre desarrollo y soberanía. Claro está, esto debe hacerse así bajo el supuesto de que la globalización nos conduce, en efecto, a un nuevo estado de desarrollo. Pero al parecer no es esto lo que hoy se nos presenta. Lo específico de toda esta investigación es que resulta imposible re-definir la cuestión del desarrollo si se ignora o prescinde de la cuestión social, pues ésta, es decir, la cuestión social, constituye la más dramática cara de la realidad latinoamericana. Realidad que en modo alguno merece ser soslayada por la filosofía, como es lo que se ha hecho en incontables ocasiones.

Ahora bien, necesariamente éstas, como otras sugerencias que se pueden encontrar a lo largo de esta investigación, parten de un sustrato utópico, mismo que adquiere, por un lado, su nota distintiva al poner el acento en esa especie de reclamo que hace la filosofía latinoamericana al supuesto universalismo que encierra el

ser latinoamericano. Y, por otro lado, en ese vital reclamo democrático que no dejan de hacer nuestros pueblos con base en la necesidad de construir para los mismos un futuro más esperanzador y promisorio. Reclamo que no pasaría de ser un simple e interesante fenómeno político, si no fuera porque a éste se le incorporan los propios presupuestos éticos del así llamado proyecto de la modernidad. De esta forma, para Latinoamérica es claro que globalización no puede ser exactamente sinónimo de nuevas estrategias de marginación, sino coyuntura histórica para el reconocimiento universal de cada ser histórico particular y concreto. Como tampoco puede ser desarrollo excluyente a nivel mundial, nacional o regional. Pero aquí el problema no es que definamos idílicamente cómo creemos que deba ser la suerte de esta nueva aventura del hombre, sino cómo armonizar proyectos históricos que en el fondo han resultado ser más que irreductibles, como, por otro lado, la causa de tantos dramas sociales, culturales, económicos, políticos e históricos en el despliegue del mundo moderno. Lo que creo es que Magallón debe pensar más esto último, es decir, la forma en que se ha desplegado una dialéctica entre la modernidad y la modernización en tierras latinoamericanas. Por último, sólo queda preguntarle a Magallón sobre qué términos entiende que la cuestión del desarrollo deba resolverse. Si es en el marco del capitalismo ¿bajo qué tipo de capitalismo? Si no es así, bajo qué propuesta sería entonces posible plantear hoy los términos de la liberación del ser latinoamericano.